

Construir Memoria: víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto narran sus historias

Estas crónicas han sido escritas por jóvenes colombianas y colombianos profesionales en Comunicación Social y Periodismo con el fin de visibilizar las historias de las mujeres víctimas y sobrevivientes de violencia sexual en el contexto del conflicto armado colombiano. Este es un aporte a la construcción de procesos de memoria histórica desde el periodismo y a la reparación social que necesitan estas mujeres al dar a conocer sus historias y capacidad de resiliencia.

Crónica 1

Tras las huellas del dolor
Mensaje de amor, agradecimiento, fortaleza,
unión y perseverancia

Cómo citar este artículo

Cuesto-Rodríguez, G. F., Hernández, M. C., Echeverría-Burbano, M. y Leguizamo-Serna, L. R. (2023). Construir Memoria: víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto narran sus historias. *Zegusqua*, (2), 32-57.

Gabriel Felipe Cuesto-Rodríguez¹

Dejar el miedo de lado es lo único que puedo enseñar...

MADRE. LÍDER. HIJA. AMANTE.

Es un Suspiro la vida. Suspiro lucha para comerse al mundo. Suspiro sufre por las otras. Suspiro perdona. Suspiro confía. Suspiro llora y, sobre todo, Suspiro sueña. Se llamará Suspiro para evitar la pérdida de una más. Suspiro.

Pudo ser entre 1973 y 1975, cuando Suspiro creía que la vida estaba compuesta por unas parcelas de algodón, sonrisas y unión familiar. Sus ojos brillantes, el sol por un costado y la sonrisa de su hermano por el otro, la escena infantil adornada por una llanta de tractor, de esas grandes, la cual fue protagonista. Suspiro recuerda el momento con

¹ Comunicador Social y Periodista, Universidad Central. gcuestor@ucentral.edu.co

angustia, su hermano rodó parcela abajo, la llanta con velocidad desmesurada se volteó y el brazo del pequeño quedó fracturado. No es un recuerdo feliz, pero es lo que hay.

El corazón de la madre de Suspiro era violento contra la injusticia y la desigualdad, propio de la defensa de la mujer. Su progenitora era líder. ¡Qué herencia para Suspiro! Su padre arraigado a su pueblo sus dos hermanos; uno adoptado a causa de unos padres que le abandonaron en el seno de la unión de la familia Serna Gómez, y el otro, Miguel Ángel, fuerte como palo de mango, su hermana menor llena de ilusión y esperanza.

Para Suspiro, su madre era la expresión viva de resistencia y tejido social. Luchaba contra el poder de los ricos y su falta de empatía. Organizaba a las mujeres del pueblo para que fueran una sola, apropiándose de terrenos baldíos para aquellos que los necesitaban. Con apenas cinco años, Suspiro se montaba en camiones de carga con cientos de mujeres que, por un cambio, alzaban la voz:

“Mamá, tenga cuidado, en cualquier momento nos matan” ... Y sí, Suspiro se ahondaba en miedo mientras que su madre, con miles de ganas, luchaba contra el viento del conflicto armado colombiano, la marea caudalosa de la guerra y el sol del día a día.

En el mundo existen complementos; el de la madre de Suspiro era su esposo, ese aliento que le daba sentido a su vida. Ella, una mujer aguerrida a la lucha, necesitaba un freno por las circunstancias de Colombia. Una Colombia que tiene actores poderosos que mandan o dominan en el conflicto, también ejecutan y actúan conforme a unos intereses e ideales, según dice Suspiro. De su padre recuerda: “Era un hombre fuerte, con rasgos característicos de la región Caribe de Colombia y, sobre todo, fiel a su familia, dispuesto a entregar su vida por cada uno de nosotros”.

Con el paso del tiempo los desafíos de la vida fueron llegando, su transcurrir iba haciendo a algunos adultos y a otros abuelos. Suspiro y sus hermanos llegaron a los diecinueve y los veinticinco años, sus padres a la tercera edad.

* * *

*La noche es de fiesta, dice la gente de la capital.
La noche es de guerra, dicen los del pueblo.*

Para Suspiro, el día que dejó huella a su familia no es exacto; las horas sí: fue una noche eterna; de seis de la tarde a cinco de la mañana por los ojos de la familia Serna Gómez pasaron la vida, el dolor, la tragedia y el abuso.

Estaba cayendo el sol en Codazzi, Cesar, de donde todos eran oriundos, cuando un grupo de guerrilleros tomó como rehén a la mamá y el hermano de Suspiro. La casa se convirtió en un territorio de guerra; era costumbre ver estos controles en la zona.

Suspiro y su hermana iban camino a casa cuando los guerrilleros retuvieron a algunos integrantes de su familia; su padre y su hermano no se encontraban en la zona.

La casa estaba siendo escudriñada por los guerrilleros, buscaban algo más allá del control, querían información. La madre de Suspiro pensó que venían por su hijo militar, que estaba de permiso, mientras él creyó que querían a sus hermanas. Nadie lo sabía. Los guerrilleros recibían mensajes en clave por sus radioteléfonos.

Esos mensajes, según lo que se podía interpretar, comunicaban de cualquier movimiento que estuviera ocurriendo fuera de la casa. Ese mismo artefacto de comunicación avisó, después de unas horas, cuando llegó el señor Serna en compañía de su hijo, minutos después de haber llegado sus dos hijas.

El palo de mango que fue cómplice silencioso durante los juegos de los hermanos y la hermana Serna Gómez, en esta oportunidad sirvió como escondite al mayor de los hermanos de Suspiro, hasta que fue visto por uno de los guerrilleros, y obligado a ingresar a la casa en donde tenían retenidos al resto de los miembros de la familia.

“Mi padre pedía, suplicaba, imploraba que nos dejaran en paz, explicaba que no teníamos nexos con los guerrilleros, ni mucho menos con los paramilitares”, afirmación que poca validez tuvo en el momento.

Las habitaciones se convirtieron en cárceles, dividieron a la familia, en el momento en el que necesitaban estar más unidos. En la cocina, por ejemplo, dejaron a las dos hermanas, en un cuarto al papá, a la mamá y al hermano mayor, quien en su afán de controlar la situación decidió enfrentarse a uno de los guerrilleros, el cual respondió propinándole varios golpes en la cabeza. El hermano cayó al piso perdiendo la conciencia.

Los guerrilleros optaron por abusar, enajenar y cohabitar los cuerpos de las hermanas Serna. Ellas callaron el dolor que sentían en cada rincón de la piel por el bien de su familia.

Suspiro, en defensa de su hermana menor, sacó de sus vísceras la fuerza para poner su cuerpo en frente del de ella. Prefería que el abuso fuera para ella, no podía permitir que le hicieran “el daño”, que es como Suspiro se refiere a la violación.

Simultáneamente, otro de los guerrilleros le recordaba a su compañero que eso estaba prohibido, que no los habían mandado a violar. Él respondió con ironía: “Ellas van a estar calladitas”. A su vez, el papá y la mamá gritaban con voz de desespero.

Impotencia, tristeza, desconsuelo, poder e ironía.

Con estas palabras se pueden describir los sentimientos y actitudes que se sentían en la casa de la familia Serna Gómez. Los guerrilleros seguían recibiendo mensajes en clave, por cada mensaje una hora más de retención. El reloj avanzaba, Suspiro se convertía en

lucha y resistencia, eso que heredó de su madre, de su hermano tirado en el piso, y sobra decirlo, de su padre.

En la cocina se concentraba la mayor de las injusticias, el hombre que tenía a las hermanas no paraba de decirles que se quitaran las prendas, ellas se excusaban, rogaban y no lo hacían. La paciencia del abusador terminó.

Obligó a Suspiro a despojarse de toda su ropa, quedó en ropa interior y para el abusador no fue suficiente. Decidió quitar lo último que le quedaba con un cuchillo, asumiendo su cuerpo como un objeto más; por eso la cicatriz de Suspiro en el pecho. Le acababan de quitar lo único que le permitía estar cubierta. No era solo ropa, era su protección.

La desnudez forzada es abuso sexual. Nadie tiene el derecho de hacerlo. Eso es lo que dice la ley, pero otra cosa era la escena de la cocina: la realidad.

El reloj marcó las cinco de la mañana, la noche terminó, la retención también. Los guerrilleros de las FARC dejaron órdenes: llamar a la policía y avisar que estuvieron allí. Pidieron disculpas por el mal momento. Sí, para ellos un mal momento.

Lo que dejó este acto atroz, aparte del recuerdo y el dolor, la posterior muerte de su hermano, pues salvaron por algunos años, pero el golpe tuvo contraindicaciones médicas, un derrame cerebral acabó con su vida.

Los dolores físicos duraron semanas. Los dolores del corazón pesan aún. Al poco tiempo, Suspiro decidió irse a estudiar enfermería a Barranquilla con su hermana. Sus padres quedaron en Codazzi.

En ese tiempo, cuando estaban a doscientos noventa y dos kilómetros y medio de distancia, a sus hermanas y sus padres solo les quedaba la satisfacción de estar seguros. La madre, alejada de su labor como líder y su padre dedicado al trabajo.

Aunque Barranquilla en un principio mitigó los malos recuerdos de Suspiro, no le sirvió como aliciente, pues en su cabeza siempre estuvo presente un sentimiento que no la dejaba: la culpa. Consideraba que ella era responsable de la violación. "No lo debí haber hecho, debí haber sido más fuerte, debí gritar, debí y debí...". Todos los deberes que ella tuvo que hacer, nunca pensó en que el guerrillero era el único responsable de las noches que no pudo dormir, de los recuerdos amargos y de su poca disposición para el amor.

Al terminar sus estudios trabajó en Barranquilla, la soledad era abrumadora. Su madre no asimiló nunca la muerte de su hijo, esto le ocasionó problemas en el corazón. La última llamada de Suspiro con su madre fue de fortaleza, una despedida que debía tener. En la llamada llevaban aproximadamente un minuto cuando su madre falleció. Suspiro decidió volver a Codazzi, para acompañar a su padre. Allí las cosas no pintaban bien. Los dibujos de las escenas eran tristes, las muertes recurrentes debilitaban el lazo familiar.

La algidez del conflicto en Codazzi seguía presente como en aquel 1974. Las luces de la vida de Suspiro se apagaban, pero una encendió un motor que estaba quieto. Apareció un viejo amor que había estado esperando a Suspiro; como ella lo describe: “El amor en los tiempos del cólera”. El matrimonio fue muy rápido, la decisión no se pensó detenidamente ni con la almohada, solo desde el corazón.

Suspiro tenía dos deudas, la primera con su madre —la labor social no podía morir en su tumba— y la segunda con ella misma, debía ser feliz.

A mediados del 2006 y después de que su vida perdió toda esperanza, logró transformar todo ese dolor en luz, llevando a cabo un proceso para ser lideresa comunitaria, entregada a las mujeres que lo necesitaban, haciendo escuchar su voz, acompañada de Angélica Bello, otra lideresa de Codazzi que le enseñó que no hay que callar y quien dejó un vacío infinito cuando apareció muerta en su habitación. A ella le agradece por haber dejado toda su valentía, y la Ley 1719 del 2014 que tiene como objeto garantizar el derecho de acceso a la justicia de las víctimas de violencia sexual.

Su labor como lideresa la ha obligado a dejar su querido Codazzi. Después de talleres dictados para que las mujeres hablen sobre sus casos, fue amenazada, incluso, si no fuera por la labor de la policía, hubiese sido asesinada el 13 de abril del 2013 a manos de un grupo guerrillero que la perseguía, porque, según ellos, estaba metiéndose en temas que no le correspondían. Ese mismo día aceptó vivir en Bogotá con un esquema de seguridad, dejando a su esposo e hijos. Allí sufrió devenires y el más grande de sus miedos, la soledad. Lo que más amaba estaba a doce horas de distancia.

Gracias a su esfuerzo y a las mujeres que le pidieron que no dejara la labor, logró traer a su familia a Bogotá. Ahora vive con ellos y, aunque el miedo lo tiene aferrado, agradece a los ángeles que se le han aparecido por el camino con una mano tendida para ayudarla.

El mensaje de amor

Debido a su lucha incansable, dejó un mensaje —con lágrimas en los ojos— a sus hijos: “los amo”; a su esposo: “total agradecimiento y amor”; y a las mujeres víctimas de violencia sexual: “fortaleza, unión y perseverancia”. * * *

Homenaje a Elsy Serna Gómez, una fiel enamorada del proceso de paz, lideresa y aguerrida a la vida.

Crónica 2

Una luz para Colombia. Vivir en el pesebre del Niño Dios

María Camila Hernández²

Muchos años han pasado desde que Luz observó por última vez las mariposas de mil colores en su pueblo natal; veintisiete años exactamente, los mismos desde que la violencia que tanto ha azotado este país la obligó a partir de su tierra.

Este lugar era para Luz el tapete verde que dejó Dios en el mundo, un pedacito del edén, del paraíso. Aún hay días en los que cierra los ojos y recuerda la sonrisa de su mamá mientras cocinaba chontaduro en los fogones de turba, recuerdos que siguen intactos. En lo que aún escucha, como si fuese un susurro, a su papá narrando historias y relatos mientras junto a sus once hermanos picaban la pepa de pan y reían a carcajadas. Todavía logra percibir de vez en cuando el aroma de la paja de las paredes de su casa viajando por el viento, mezclándose con el aroma de los árboles, el campo, la tierra. Aún, hay momentos en los que, como si fuera un acto de magia, siente la lluvia cálida de su pueblo acariciándole la piel y, luego, cada rincón de su mente comienza a llenarse de imágenes de decenas de mariposas de colores revoloteando alrededor de ella, tal y como sucedía en su niñez. “Eran mariposas grandes —recuerda Luz con una gran sonrisa colorida en su rostro— justo como las que narraba Gabo en *Cien años de soledad*, y cada vez que cesaba la lluvia; luego de horas, salían todas ellas y lo acompañaban a uno hasta el río”.

Entre los ríos Watmambi y Yawapí, en un pequeño territorio envuelto por la magia de la naturaleza, nació y creció Luz. La vereda El Placer, en el municipio de Barbacoas, Nariño, fue su hogar; y aunque Luz y su familia no poseían riqueza económica, se sentían afortunados de tener a la mano todo lo que Dios les había dejado. En aquel lugar libre, se convirtió en amiga permanente del viento; fueron los ríos y la tierra quienes les proveyeron los alimentos que necesitaron siempre. Su padre sembraba arrozales, y ella, junto a sus hermanas, se encargaba de cuidarlos para que los pájaros no se los comieran. “Era algo muy bonito, nosotros chiquillos con guascas para que los pajaritos no se comieran nuestro arroz, y sacábamos la leche de la pepa de pan, la masticábamos como el chicle, la poníamos en el arrozal para que los pajaritos se pegaran ahí, y luego hacíamos un



2 Estudiante de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad Central. macaherlas1412@gmail.com

sancocho con esos pajaritos, nos los comíamos, ¡porque ellos se comían nuestro arroz y nosotros nos los comíamos a ellos!”.

Hoy, Luz mira hacia atrás, su infancia fue maravillosa, un cuento que nunca hubiese querido que terminara, y con una sonrisa en su rostro se da cuenta de que, aunque de niña no tuvo la oportunidad de saberlo, siempre vivió y estuvo dentro del pesebre del Niño Dios.

* * *

La mano de la guerra

Pero en este país ningún rincón está a salvo, y aunque este territorio fuese ese pedacito del edén, tampoco pudo librarse del aturdidor ruido de la violencia. Los habitantes de la vereda, de golpe, tuvieron que comenzar a vivir y convivir en medio del fuego de todos los grupos armados, Frente 29 de las FARC, Águilas Negras, Los Rastrojos, entre otros, que se peleaban el territorio por las facilidades que este traía para llegar al mar Pacífico por Tumaco, y a Buenaventura por el río Patía. Sin duda, fue el abandono del Estado quien los condenó, y aunque luego la fuerza pública se hizo presente, muchas veces llegaron también a maltratar al campesino, al nativo. Y como siempre, fueron las poblaciones vulnerables quienes terminaron estando en la mira de los grupos armados y sintieron a quemarropa la impetuosa ira de la guerra.

La familia de Luz no fue la excepción. En cualquier momento llegaba un grupo y, a la fuerza, los obligaban a pasarlos por canoa al otro lado del río, situación que inmediatamente les traía problemas con los demás grupos armados. Muchas veces sus familiares eran llevados a consejo de guerra, los mantenían amarrados durante muchos días hasta que todo el pueblo se unía para intentar salvarlos. Gran imagen, sin duda, un pueblo acorazado solo con su valor, poniéndole cara a un centenar de hombres armados con terribles fusiles. Un gato contra un tigre, en un diálogo desigual para intentar recuperar a sus seres queridos.

Un día, la guerra los golpeó con fuerza e ira, la ambición de dominar un territorio en disputa, de controlarlo impartiendo miedo, dolor. Corría 1992, cuando un grupo armado llegó hasta su casa, y cargado de palabras frías le dio a la familia Angulo veinticuatro horas para salir del territorio. “¿Cómo íbamos a salir? Era duro, ¡ninguno sabía cómo irse de allá! Y no teníamos nada, ¿a dónde íbamos a parar?”.

El haber desafiado la orden desató la rabia del grupo armado, que sin mayor remordimiento tomó inmediatas represalias, obsesionándose con quienes consideraba “débiles”, también con quienes, creían, harían el mensaje de sometimiento más visible. Inscribieron la guerra en el cuerpo de las mujeres Angulo, las convirtieron en cuerpos estigmatizados, incómodos, apropiables. Las usaron como un cruento botín de guerra, porque no hay

mejor manera de derrotar a un pueblo que atentando contra el centro de la vida y de su comunidad. Se sintieron supremos, con la falsa superioridad que siente quien empuña un fusil, y entonces, quebrantaron el valor de ser mujer.

Los arrozales, así como chocolatines y otras plantaciones de la casa Angulo fueron testigos de lo que sucedió, y aunque llovió, las mariposas después no salieron. Su papá suplicaba que por favor no fueran a matar a sus hijas, mientras lo obligaban a observar lo que les hacían. Los ojos de Luz y sus hermanas se volvieron agua salada, y fue tanta que se mezcló con los ríos, que enseguida sintieron su dolor. Flores rojas cayeron por su cuerpo y el de sus hermanas, pétalos rojos tristes, doloridos. Los árboles ya no estaban felices, se encorvaron hacia ellas para intentar ayudarlas; sus hojas se pintaron amarillas, algunas cafés y comenzaron a caer mientras la tierra poco a poco se marchitó. “Era muy duro, muy duro escuchar a mi papá suplicando ‘por favor no maten a mis hijas’. Me rompía el corazón escucharlo. Y lo que nos hacían, le destrozaba el corazón a él”.

La tristeza aún la siente en su corazón, sus ojos se nublan mientras mira el horizonte, y el dolor, que no ha sabido despegarse de su piel ni de su alma aún pesa, aún lastima. Los solos recuerdos aún la siguen envolviendo en el mismo miedo, la misma impotencia, la misma rabia. Todo lo que hicieron con su gente, sus hermanas y con ella misma, todavía nubla su memoria y la angustia de su tierra por el desconsuelo de sus mujeres todavía la siente en lo más profundo de su alma.

Nunca supo cuánto tiempo pasó, es difícil medirlo cuando parece que se ha detenido. No sabe tampoco por qué sucedió, y mucho menos quién fue. Los victimarios quedaron para siempre sin rostro, sin identidad, pues no tuvieron jamás el valor de reconocer el crimen, la vida de la familia de Luz se desmoronó, y ella tuvo que salir huyendo de su territorio.

Y así fue. Partió de su tierra en 1992 junto a dos de sus hermanas. Caminaron hasta el caserío Las Peñas, no podían huir por río porque la gente de los grupos armados las vería y se encontrarían entonces atrapadas por preguntas: ¿Qué pasó? ¿Para dónde van? ¿De dónde vienen? ¿Con permiso de quién? Entonces, tuvieron que salir por carretera hasta Junín, en la vía dirección a Tumaco y “echando dedo”, consiguieron que un camión las llevara hasta Pasto.

Duraron tres meses en aquella ciudad, pero no hubo nadie que les diera la mano y la necesidad las obligó a partir buscando un nuevo destino. Entonces, arribaron a Popayán y tampoco encontraron una mano amiga. Entre días tristes, el alma cargada de nostalgia y el corazón lleno de soledad en un lugar donde nadie parecía querer ayudar, “decidimos irnos para la capital, igual no teníamos ya nada más que perder. Allí estaba el presidente y pensamos que él nos podía ayudar”.

“Echando dedo” una vez más a cuanto camión pasaba por la carretera, lograron llegar a esta fría ciudad. Estuvieron unos días durmiendo en la Terminal de Transportes, no tenían

a dónde más ir, y luego, como si hubiese sido un milagro, una forma que tuvo Dios de decirles que no estarían lejos del edén, conocieron a una persona que les habló de una invasión: La Nueva Esperanza. “¡Aquí fue, nos llegó la bendición!”.

* * * *

Una nueva esperanza

En La Nueva Esperanza duraron mucho tiempo, años. Construyeron un cambuche de madera y allí ella se sentía acogida, segura. De nuevo pertenecía a un lugar, y es que ese cambuche, en esa invasión, la hizo sentir como en casa, en su territorio. Entre bosque, montañas, un cielo azul, pajaritos silbando y personas que habían vivido lo mismo que ella, Luz volvió a ser feliz.

A los cinco meses de haber llegado a Bogotá, una noticia desconcertante terminó por sacudir la vida de Luz: estaba en embarazo. Sin embargo, ni el pasado, ni los tormentosos hechos que rodeaban el acontecimiento, lograron evitar que Luz amara a su hijo con toda su alma y su valiente corazón.

Poco a poco comenzaron a llegar más desplazados a La Nueva Esperanza, provenientes de todas partes de Colombia, de cada rincón de esta tierra herida por tanto conflicto. Y así, llegó a la invasión un hombre que Luz ya conocía de años atrás y que por mucho tiempo se había robado su corazón en secreto, un amor imposible, de esos que concluyen, simplemente, en miradas y suspiros que terminan perdiéndose en el aire. Sin embargo, él ya no era quien ella había conocido en el territorio. Hicieron, finalmente, una vida juntos y él le dio el apellido a su hijo; a cambio, la sentenció a vivir en un permanente tormento. El hombre llegó a Bogotá con su maleta cargada de la violencia que vivió allá, con la guerra metida en su mente y su corazón enlodado de rabia, crueldad, salvajismo; y Luz, de nuevo, volvió a ser víctima.

El maltrato se convirtió en pan de cada día. Era sometida, inferiorizada. Vivía un infierno. Buscaba ayuda y no la hallaba. No tenía papeles, tampoco cómo sacarlos, no sabía ni su edad. La única solución que encontraba era ir a la Defensoría del Pueblo y suplicar por ayuda, pero poco hacían por ella, parecía que no importaba. Muchas veces tuvo que amanecer en algún CAI con sus hijitos, buscando protegerse y protegerlos del hombre al que la guerra volvió violento.

En los siguientes años Luz tuvo diez embarazos más, de los que solo nacieron cinco. Ahora, no era solo ella, ni ella con su hijo Charlie; eran seis hijos que la acompañaban y aunque los considera su más grande bendición, no fue fácil. Pasaron días muy difíciles, no tenía qué darles de comer y entonces, de nuevo, como si Dios insistiera en hacer evidente su aliento, alguien le habló a Luz de la Plaza de Abastos. “En Abastos botaban mucha

comida, así que íbamos a la plaza con otras mujeres de la invasión y llegábamos con las bolsas llenitas de bultos de mercado, era solo licho, pero era muy buena alimentación para nosotras y nuestros niños”, cuenta Luz con una coquetería propia, una capacidad admirable para sobreponerse a los malos momentos, un optimismo que se contagia.

Cada vez llegaban más desplazados a La Nueva Esperanza; hombres, mujeres y niños alejados ferozmente de su hogar, y Luz sintió la necesidad de ayudarlos, de hacer algo más por su comunidad. Entonces, comenzó a liderar junto a otras personas, con la ayuda de una fundación internacional, una escuela para la gente que vivía en la invasión, lugar en el que muchos hijos de víctimas del conflicto armado, provenientes de distintos territorios, pudieron tener desayuno, almuerzo y educación gratuita.

Poco a poco su liderazgo comenzó a florecer y la fuerza de su interior, que se había hallado dormida por tanto tiempo, despertó. Un día, mientras escuchaba cantar a los pajaritos, tuvo una idea que cambiaría su vida. En su tierra cantaban, se unían en comunidad y relataban versos que llenaban de colores el territorio y viajaban por el viento, como si sus voces fueran aves de mil formas y tamaños. Entonces, concluyó que podían cantar en las calles, en los andenes de las casas, y a cambio pedir a la gente que les regalara ropa que ya no usaran o algo de mercado que pudieran donar. Cuenta: “Nos reuníamos como quince mujeres, nos íbamos a Bochica y nos asomábamos a las casas. Y yo decía ‘Bueeeenaaaas’ y las otras contestaban ‘bueeeenaaaas..’. La gente se asomaba, les contábamos que éramos desplazadas y aprovechábamos entonces para pedir ropa o comida. Era bonito, sobrevivir con nuestra esencia”.

De esta forma empezaron a sostener a sus familias, y, además, ayudaban a los nuevos compañeros que llegaban desplazados. Hubo ropa para hombres y mujeres, niños y niñas, personas de todas las edades, y todos se beneficiaban de esta labor; a la vez que la ropa que sobraba, porque nadie podía usar, la revendían a mil o dos mil pesitos al frente del CADE del barrio Diana Turbay y con ese dinero podían comprar lo que necesitaran o les hiciera falta, “A veces la gente decía ‘no, es que yo no les doy ropa porque ustedes la venden’, pero es que ellos no sabían a cuánta gente estaban manteniendo con esa ropa, porque de esos mil y dos mil pesitos de cada prenda era que lográbamos sobrevivir”.

El tiempo pasó, y mientras Luz intentaba salir adelante en la fría capital, en su territorio las cosas no mejoraron. Su mamá, papá y algunos de sus hermanos se habían resistido a salir, aferrados a su hogar, a su trozo de tierra, con la esperanza de que algún día, al despertar, la violencia ya se hubiera marchado de esta. Pero esto no sucedió. Un día, el grupo armado regresó, con más ira que antes. Su padre, que no pudo soportar el peso de los recuerdos y el miedo a volver a vivir lo mismo, falleció tras un infarto, y su madre fue obligada a abandonar su casa, su territorio. En la vereda El Placer dejó su alma, sus fuerzas, su corazón, y meses después, al llegar a Bogotá, la madre de Luz también murió de tristeza.

Aferrada a las raíces

Su casita en La Nueva Esperanza resultó estar ubicada en un sector de alto riesgo, y entonces, en su corazón resurgieron el dolor, el miedo y la nostalgia del pasado; se sentía nuevamente desplazada. Había llegado a la invasión tras haber tenido que salir huyendo por la guerra y allí encontró personas que, como ella, iban cargadas de esperanza de encontrar paz; echaron raíces, lazos estrechos que las convirtieron en una gran familia, se cuidaban unas a otras y día a día se ayudaban para sanar las heridas y alivianar las huellas del horror. Todo el barrio fue reubicado en distintos sitios de Bogotá, los dividieron y deshicieron la comunidad que habían construido. Usme, Soacha, Patio Bonito y Kennedy se convirtieron en el hogar de los desplazados, de quienes llegaban a Bogotá buscando el bienestar que sus territorios, consumidos por la violencia armada, ya no les podían dar.

Luz se negó a alejarse de su invasión, y luchó día tras día para que le dieran su casa en un barrio cercano. No quería irse, ni perder de vista el lugar que, cuando llegó a la gigante ciudad desconocida, la recibió con los brazos abiertos. “La casa me la dio la Caja de Vivienda Popular, pero tuve que pelear mucho para que me dejaran escoger mi casita donde yo quisiera, porque yo no me quería ir de aquí. Y peleé y peleé, hasta que gané, y la casa me la dieron en Palermo Sur, cerquita de La Nueva Esperanza. Me acuerdo mucho que la casa costaba 28 millones, y la Caja de Vivienda solo me daba 23, entonces hice un acuerdo con el dueño para en secreto irle pagando de a poquitos los cinco millones que faltaban, y así se hizo”.

Aun cuando las habían separado geográficamente, Luz continuó reuniéndose con las mujeres y allí, estando en Palermo Sur, su liderazgo y fuerza de lucha fue creciendo a pasos agigantados. Ahora, ellas y sus familias ya no vivían en casas de tabla, y aunque el cemento les protegió por fin de las lluvias, los feroces fríos de las madrugadas, y los peligros que en la calle pudieran acechar, los problemas también llegaron. Tenían más responsabilidades, y las mismas escasas oportunidades, y si nadie trabajaba, no habría dinero para pagar servicios. Entonces, mujeres e incluso hombres se unieron en el proceso de recolección de ropa usada para sacar adelante sus familias, y comenzaron a ir a la Plaza España a revenderla.

Nace una lideresa

Con el tiempo, mientras continuaba en la búsqueda de oportunidades y apoyo para sus compañeros, Luz comenzó a vincularse a muchas instituciones: Secretaría de la Mujer,

Secretaría de Gobierno, la Mesa de Víctimas, la Alta Consejería, y así aprendió un nuevo rol. Poco a poco fue dejando la recolección de ropa, labor con la que siempre va a estar agradecida, y comenzó a ocupar sus días en otros espacios, cultivando y fortaleciendo el poder que surgía de su interior. Comenzó a luchar por abrir puertas, a participar en foros y representar a las víctimas en diferentes espacios, a ser portavoz de su historia y la de otras, y así, las instituciones comenzaron a interesarse por conocerla, reconociendo en ella un innegable sentido de servicio y lucha por la reivindicación de los derechos de las víctimas del conflicto armado, especialmente, de las mujeres.

A medida que aprendió a defender los derechos de su gente, supo cómo defenderse a sí misma, y llegó un momento en su vida en el que entendió que habían cosas que no debía soportar, que no tenía por qué vivir sublevada, ni violentada, que podía avanzar... "Un día me levanté y dije 'No más violencia familiar, no lo aguantaré más. ¿Por qué tengo que dejar que me estropeen?'. Hice uso de las rutas que me habían enseñado en la Comisaría de Familia y logré separarme, ponerle un alto a la violencia que viví con ese hombre".

El camino ha sido difícil, pero hoy puede decir que lo logró. Actualmente, representa casi diez espacios: La Mesa Local de Víctimas, el colectivo Las Polonia, La Consulta Previa, Los Consultivos de Comunidades Negras en Bogotá, el Concejo Local Afro, el Consejo para la Seguridad de las Mujeres de Rafael Uribe, el Consejo de Mujeres y la Fundación Black Sombra de la que es fundadora y directora, y va por más.

Ante la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) llevó veintisiete casos de los dos mil que se hicieron con Mi Verdad Cuenta y con No Es Hora de Callar, casos de mujeres cercanas a Luz, habitantes de su territorio en Barbacoas, víctimas, como ella, de algún grupo armado que nunca se atrevió a dar el rostro. Sin embargo, entre tanto afán y papeleo, olvidó pasar su propio caso, y hoy, junto a "Dani", representante a nivel nacional de las comunidades negras en la consulta previa para la Comisión de la Verdad, adelantan los trámites para, al fin, lograr presentar su historia.

* * * *

A los verdaderos héroes nos matan

Luz ha aprendido que esta lucha es dura, que el camino está lleno de piedras, abismos y enemigos. Pero va a continuar en su lucha por los derechos hasta que Dios se lo permita. Así la odien o incluso la quieran matar.

En el último mes le llegó un nuevo panfleto de las Águilas Negras en el que la amenazan de muerte a ella y a su familia, si no salen de Bogotá en las siguientes cuarenta y ocho horas. No es la primera vez que pasa, y Luz está segura de que tampoco será la última. Es el pan de cada día para los líderes y lideresas sociales, quienes van a denunciar, acuden

a las autoridades y organismos pertinentes, pero nadie los ayuda. No se sabe si es porque no pueden, o si realmente no quieren ayudarlos. Hubo un tiempo en que la tuvieron con un teléfono celular, un botón de pánico y un chaleco antibalas, pero se los quitaron y, actualmente, se encuentra desprotegida. Sin embargo, no quiere ni va a renunciar a la defensa de los derechos humanos de las víctimas, porque ese el propósito del grupo armado y ella ha prometido nunca más dejarlos vencer tan fácil. “Ahí, en ese panfleto, mi nombre está dos veces, pero si todos nos asustamos y nos rendimos, ¿quién va a defender entonces los derechos? Eso es lo que ha pasado en los territorios, muchos han muerto en la lucha, pero para los medios el héroe siempre es gente como Simón Bolívar, nunca miran los otros héroes, los verdaderos, los que luchamos desde abajo, sin ser visibles, y que cuando estamos haciendo las cosas bien nos mandan a callar, nos matan. A estos héroes no los conoce nadie, terminan en el olvido, terminamos en el olvido...”.

Sus hijos, asustados, le han pedido que se cambien de casa, que se vayan un tiempo de Bogotá, pero Luz se niega a correrle de nuevo a la delincuencia, a la guerra, a la muerte. En un pasado sufrió la violencia por ser una mujer vulnerable, por no saber o tener cómo defenderse, sentirse frágil, débil. Hoy sufre la violencia, la misma que años atrás sufrió en su pueblo natal, con igual estructura y furia... pero ahora, por ser empoderada, líder y defensora. Siente rabia, impotencia y dolor al observar cómo el Estado les da la espalda a quienes defienden los derechos del pueblo, al observar el abandono, egoísmo y crueldad humana. Y siente miedo, porque a pesar de que se siente fuerte, sabe que su papel como lideresa pone en riesgo a su familia, a sus hijos; y ese es el punto de quiebre para cualquier ser humano.

Sin embargo, su lucha continúa, no se va a rendir, y aunque Colombia sea un país inscrito en un conflicto de más de un siglo, para Luz esta nación está llena de amor y esperanza; mientras esté con sus hijos y su familia estará en paz, así la guerra la quiera callar. “El día en que Dios me diga hasta ahí, hasta ahí será. Me han hecho ofertas hasta para sacarme del país, pero yo del país me voy cuando Dios me lleve. Yo amo mi Colombia y lo que tengo aquí no lo voy a encontrar en ningún otro lado. Y amo mi trabajo, estoy aquí para defender a otros y eso no va a cambiar, aquí voy a estar hasta el final de mis días”.

Para que las mariposas de mil colores vuelvan a salir a la Luz

Luz ya se apropió de Bogotá, ¡y Bogotá se apropió de ella! Ama esta ciudad, y hasta el final de sus días trabajará en ella y para ella, y desde aquí intentará dejar su granito de arena para la consolidación de la paz en Colombia.

Sin embargo, sueña con algún día poder regresar a su territorio y que este sea un lugar de paz, como lo fue alguna vez. Retornar a ese bosque de Barbacoas, admirar de nuevo

su vereda bañada por los armoniosos ríos, volver a observar las mariposas revoloteando por todo el lugar y recordar que algún día, allí, escuchó a su papá contar esas historias que la hicieron explotar a carcajadas, mientras su mamá esparcía por el aire el aroma del chontaduro que preparaba. Sueña con que ese pedacito de tierra, de edén, por fin pueda volver a estar en paz.

Para Luz, aunque el proceso de paz no estuvo bien hecho, y tampoco fue perfecto, sí fue importante y cree que valió la pena. Los acuerdos revivieron la esperanza para las víctimas, las llenaron de fuerza y valentía, les devolvieron su voz. Y los territorios golpeados por el conflicto fueron rescatados del olvido en el que estaban, los trajeron a la luz, la violencia mermó y el país sanó.

Aún recuerda cómo en su territorio celebraron la firma de los acuerdos de paz. Dos de sus hermanos, que se resistieron hasta el final y nunca abandonaron su hogar, mantuvieron durante los días de la firma contacto con ella a través de videos, fotografías y llamadas. “Era precioso, inundaba mi corazón ver esas escenas. Poder observar a la gente de mi territorio en las canoas celebrando, los motores con las banderas blancas en las puntas. Fue maravilloso, momentos únicos. Por lo menos, ese proceso de paz nos dio esa alegría, y solo por eso volvería a apoyarlo, porque fue y aún sigue siendo una esperanza para quienes, verdaderamente, sufrimos la guerra, para quienes vivimos en carne propia ese dolor”.

Hoy, desde su casita en Palermo Sur, rodeada de sus hijos, nietos y hermanas, recuerda su pueblo, su vereda, su paisaje, su familia, su niñez... A veces sus sentidos se convierten en sus mejores amigos y la transportan a su territorio, al pasado que nunca debió acabar, al paraíso del que nunca debieron alejarla. Y entonces, cierra los ojos, y escucha, nuevamente, el sonido de los pajaritos, el arrullo de los ríos, las historias de su padre, la sonrisa de su madre, ¡percibe el aroma del chontaduro y la pepa de pan!, siente de nuevo la brisa de los árboles, la tierra húmeda haciendo contacto con sus pies descalzos, los abrazos de sus padres y las mariposas de mil colores revoloteando una vez por su cabeza.

Luz sonríe, sus ojos brillan y la alegría de su corazón se esparce por todo el lugar, “Deseo que el proceso por la paz continúe, que sigamos luchando, que nadie se dé por vencido, que Colombia no pierda la fe para que así, territorios como la vereda El Placer, en Barbacoas, puedan algún día ser testigos de que la guerra verdaderamente terminó”.

Mientras tanto, seguirá dedicándose a lo que ama, con la pasión necesaria para que el miedo no le gane nunca, para no rendirse, ni detenerse. Seguirá luchando por sus derechos y los de todas las víctimas del conflicto armado, los de las mujeres víctimas de violencia sexual en la guerra, los de todas aquellas y aquellos que comparten su color, su etnia, sus raíces... los de todos los que lo necesiten. Aquí está, y aquí seguirá, defendiendo, queriendo y luchando por este país cada día, mientras con su contagiosa sonrisa

siembra en el corazón de Bogotá y de Colombia la esperanza necesaria para que, algún día, las mariposas de mil colores vuelvan a salir a la Luz.

En honor a Luz Aída Ángulo, líder social.

Crónica 3

La Flaca

Mónica Echeverría-Burbano³

Ya son muchos los años que han llevado a Ángela lejos de su tierra, Antioquia; sin embargo, su acento paisa sigue intacto, como si aún saliera todas las noches a charlar con sus amigas, a bailar un rato y a tomarse uno que otro aguardientico. Uno ve a esa paisa alta, de ojos grandes y verdes, flaca pero no endeble, sonrisa franca y dichos a flor de boca, nadie se imagina la historia que carga en sus hombros, piernas, senos, vientre y cabeza.

El 26 de septiembre del 2000, Ángela estaba en el municipio de Guatapé, Antioquia, haciendo una de las cosas que más le gusta en la vida... bailar. El comandante paramilitar alias Rafael la mandó a llamar para decirle que le hiciera el cuarto con una amiga; ella le respondió como solo alguien con su personalidad podría responderle: "¿Usted no es que es tan hombre? Gánesela usted, conquístesela usted". Ángela dice que desde entonces la sentenciaron.

Esta mujer de figura delgada pero fuerte dictaba talleres de manualidades en el municipio y en las veredas cercanas, días después, mientras trabajaba, vio cómo la guerrilla secuestraba a unos empleados de las Empresas Públicas. Los paramilitares le habían dicho que les diera aviso si veía cualquier actividad de la guerrilla, pero Ángela no lo hizo. Hoy, después de casi dos décadas, aún no sabe por qué no dijo nada, quizá porque nunca le gustó que le dijeran lo que tenía que hacer. Desde ese momento, empezó a sentir el acoso de los paramilitares, que un mal día se concretó con una paliza que le dieron en el Malecón de Guatapé. No recuerda exactamente cuántos eran, al parecer cuatro, solo sabe con seguridad que le dañaron la dentadura y le hicieron siete laceraciones en un labio; mientras la golpeaban, la culpaban de callar el secuestro, ella lo negó todo y pensó que con la golpiza "la deuda" había quedado saldada. Estaba equivocada.

Quince días después, la Flaca, como le dicen sus amigos, se fue de fiesta, "porque al mal tiempo buena cara", como dice ella. Al lugar donde estaba llegó alias Rafael con



3 Doctora en Investigación en Medios de Comunicación, Experta en comunicación estratégica con enfoque de Derechos Humanos y de género. Docente de la Universidad Central de Colombia. monicaeche@gmail.com

otros paramilitares; Ángela sintió terror, el mismo que ellos querían que sintiera cada vez que los viera. Decidió irse para su casa y se metió a bañar porque no le gusta acostarse sucia, mucho menos después de tomar. Saliendo del baño y ya con su pijama puesta, escuchó que tocaron a su puerta, pensó que eran sus amigos que querían terminar la farra en su casa y abrió, con la mala fortuna de encontrarse con Rafael y otros paramilitares conocidos en la zona como Garepa y el Enano. Los tres entraron sin que Ángela pudiera negarse, pusieron vasos y trago en la mesa, ella fingió estar tranquila, esperaba que se cansaran y se fueran de una vez por todas, pero Rafael la empujó al cuarto, de nada valieron los intentos de hacerle cambiar de opinión.

No sabe cuánto tiempo estuvieron violándola, todo estaba oscuro dentro y fuera de ella y la cobijaba el frío temor de la muerte, de su propia muerte. Cuando sintió que se habían ido de la casa, se paró al baño y dejó que el agua cayera por horas sobre su cuerpo, veía que el agua se teñía de rojo, era su propia sangre, pero ella no atinaba a levantarse y pedir ayuda, simplemente, esperaba que el agua se llevara todo lo malo, que esa agua que ocultaba sus lágrimas la hiciera olvidar. Desde entonces, cuando se estresa, lo primero que la Flaca hace es buscar agua. Lloró mucho, lloró por horas, parecían días, hasta que salió del baño y se dejó caer sobre su cama, no supo a qué horas se quedó dormida. No los denunció.

Pasó un mes y Ángela aún no quería salir a la calle, una amiga la convenció para que la acompañara a la plaza de mercado. No le dieron tiempo de tomarse ni un café cuando los paramilitares la hicieron llamar. La rodearon y alias Javier le puso el arma en la cabeza, ella solo veía cocuyos a su alrededor, ya no había seres humanos, solo insectos. Sabe que Javier la insultó y la amenazó de muerte, pero ella solo pensaba en sus hijos, en Diego y Jaime Andrés; después escuchó la sentencia final “no te mato por tu papá y tus hijos... pero te vas”. La Flaca se fue a su casa; en el camino siguió viendo solamente a los cocuyos.

Esto no es justo...

“Esto no es justo, esto no es justo, esto no es justo, esto no es justo...” decía Ángela sentada en la cama y mirando al vacío mientras sus amigas la ayudaban a empacar. Se encerró en su cuarto, a la espera de que su padre llegara por ella; llevó el café, la cafetera, el azúcar y sus cigarrillos, permaneció debajo de la cama a oscuras tomando café y fumando, pensaba que en cualquier momento los paras romperían la puerta y la sacarían de los pelos a la calle.

No bastó con que Ángela se fuera a la vereda donde vivía su papá; le hicieron saber que se debía ir aún más lejos y entonces terminó en Medellín. Allá llegó su hijo Diego y le dijo que él sabía que a ella la habían violado en el pueblo. Su corazón se le volvió

a partir otra vez, su hijo de dieciséis años conocía su historia, sintió vergüenza y culpa, dos sentimientos que la persiguieron por mucho tiempo, pero que hoy comprende no eran justos.

La persecución no terminó ahí; los paramilitares le prohibieron bajar a buscar el mercado que le enviaba cada semana su papá. Trabajó en un restaurante y allá también la buscaron, como dice ella blanqueando los ojos y apretando los puños “se enamoraron de mí”. No la dejaban trabajar, la querían matar de hambre, así terminó pidiendo limosna en el mercado con su carta de víctima de desplazamiento en mano.

“Mucho fue lo que yo rodé, anduve de arrimada del tingo al tango, durmiendo donde caía, lo grave es que yo tenía a mi hijo menor de solo nueve añitos. Vivía desesperada de no poderle dar comida. Entonces conocí a un señor que llevaba a trabajar a las mujeres a los pueblos...”. El primer pueblo al que llegó a trabajar fue en Puerto Berrio, en la noche había más de cien mujeres, todas tratadas como mercancía, ahora comprende que ella fue víctima de trata de personas. Salió de ahí y empezó a trabajar como prostituta en un bar, los paras no le dejaron otras opciones, vivía borracha y drogada. Ella le decía a su hijo que eso era una mierda de vida, y él le respondía que al menos había comidita, lo acostaba a dormir y se sentaba a llorar al pie de la cama.

Un sábado, la Flaca bebió muchísimo, quizá para no sentir, para olvidar o para salir de esa pesadilla. Terminó hospitalizada, con un dolor que le desgarraba las entrañas... se le estranguló la úlcera, se le perforó el estómago y duró diez horas con peritonitis. Entró a cirugía a mediodía y salió a las siete de la noche. Ya en recuperación, se enteró que tenía el virus del papiloma humano, y de ese, la Flaca también se salvó.

“Cuando el médico me visitó me dijo que no sabía para qué Dios me tenía, pero que debía ser para cosas muy grandes, porque el que yo estuviera viva era un milagro”. Y así fue. Ángela estaba hecha para cosas grandes, ella así lo demostró un tiempo después, pero aún faltaba para eso.

Todo parecía que estaba mejorando en su vida, vendió minutos de celular en las calles, hizo manualidades... se fue levantando poco a poco y dejando atrás lo malo. Por esa época conoció a Frank; él era más joven, y eso a la Flaca no le gustaba, entonces la relación empezó sin mucha seriedad; pero, sin darse cuenta, al poco tiempo se fue a vivir con él. Ella no habla de amor, simplemente pasó.

Frank perdió su trabajo y todo cambió. Un día, a Frank se le metió en la cabeza que ella le era infiel. La golpeó, la humilló... la violó por horas, Ángela volvió a sentir el terror en cada uno de los poros de su cuerpo. Solo la dejó ir cuando ella le dio un nombre, un nombre que inventó para que él la dejara en paz, un nombre cualquiera, un tal Germán. Aunque la Flaca lo denunció, el parte médico dijo que, aunque tenía laceraciones en sus órganos genitales, no se podía decir que había sido violada porque no se encontró mues-

tra de semen. Así, de nuevo, esta vez desde quienes debían cuidarla, fue revictimizada. Ella ahora lo sabe; en esa época solo bajaba la cabeza y suspiraba para seguir, pero un buen día todo cambió, el día que ella decidió denunciar su caso y el de cientos de mujeres que habían vivido historias similares.

No hay mal que dure mil años ni cuerpo que lo resista

“No es que yo no tenga miedo; claro que me da miedo que los fantasmas del pasado regresen a hacer de las tuyas, pero ya no es un miedo que me paralice, es un miedo que me motiva porque al fin entendí que yo, mi historia y todas las mujeres que han pasado por esta pesadilla, merecemos justicia. Por eso sigo aquí, en pie y ya no me voy a arrodillar nunca más”.

En esos ires y venires de su historia conoció a Angélica Bello, una de las mujeres que le cambió la vida, porque irónicamente, y contrario a los cuentos de hadas, los príncipes azules nunca llegan, llagan mujeres fuertes y valientes a mover el mundo de otras mujeres que así lo necesitan.

Angélica era una lideresa social que había vivido en carne propia los rigores de la guerra, de eso hablaba el bastón que la acompañaba para caminar. La Flaca aprendió mucho de Angélica y luego de Pilar Rueda, otra mujer comprometida en cuerpo y alma con las mujeres víctimas. Ella le propuso trabajar durante seis meses en Bogotá conformando una organización de mujeres víctimas de violencia sexual. Los seis meses se hicieron años, hoy Ángela es la directora de la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales que trabaja en más de treinta municipios en Colombia y con más de seiscientas mujeres que se reconocen como víctimas de violencia sexual.

La Flaca aprendió a formular proyectos, a hacer presupuestos, a escuchar a las mujeres, a coordinar a cientos de ellas, a dictar talleres de empoderamiento, a hablar frente a las cámaras, frente a embajadores, políticos y con quien se necesite para sacar adelante “este sueño compartido”. Lo único que le falta, como ella dice con una sonrisa en la boca, es hablar inglés, pero seguro eso también lo aprenderá.

Ha estado en Cuba, Estados Unidos, Corea del Sur, Inglaterra... denunciando la problemática de violencia sexual que vive Colombia. Pasa de preparar fríjoles con garra, que le quedan deliciosos, a la cita con un embajador. Ella es así, auténtica; la vida le cambió un mal día, pero ella después aprendió a cambiar también a la vida.

“Nunca pensé que volvería a estar bien, que me volvería a sentir fuerte, pero ya ves, lo logré. Por mucho tiempo pensé que yo solita me había malogrado mi vida cuando abrí la boca y le dije a alias Rafael que se levantara solo a sus mujeres, estaba más que equivocada, nadie merece lo que ellos me hicieron, y sí, son ellos y solamente ellos los responsables”.

Ante la pregunta ¿Queda algún pesar?, la Flaca abre los ojos y se toca el pelo con nerviosismo. “¿Pesares? Muchos, pero quedan más recuerdos bonitos; el de mi papá, por ejemplo, que fue mi ídolo y me salvó la vida más de una vez. Mi mamá que está enferma y en cualquier momento se me va, pero si así pasa, la lloraré con tranquilidad, porque logré ser una buena hija y creo yo, que también, a pesar de tanto lío, logré ser una buena madre. Entonces frente a todo lo luchado y lo logrado, los pesares no son tantos y es que no hay mal que dure mil años ni cuerpo que lo resista”.

Con cariño y admiración para todas las Flacas de Colombia.

Crónica 4

Ludirlena, víctima de violencia sexual que ofrece la receta para la paz

Luis Ramiro Leguízamo-Serna⁴

Entre el verde del campo y lejos del contaminante ruido de la ciudad, se narra la historia de Ludirlena Pérez Carvajal, una mujer soñadora, de signo sagitario, cuya infancia la vivió en una vereda rodeada de aves, árboles, agua, ríos y riachuelos. De pequeña solía acostarse en el pasto para soñar con un futuro feliz; mientras el azul del cielo y el blanco de las nubes le permitían deleitarse con los colores y movimientos de las innumerables mariposas que se acercaban de manera coqueta a su cuerpo para hacerle sentir que la magia de la naturaleza es real. Recuerda que en este lugar vivió momentos hermosos, especialmente, el juego que ella y sus amiguitas llamaban “las comiditas”, entre risas dice que no hay mejor receta que la de aquellas veces: “Recogíamos algunos alimentos de nuestras casas, hacíamos una fogata y en unas latas de sardinas bien lavadas, cocinábamos”. El fútbol es su pasión, es amante de la naturaleza. Creció en un contexto lleno de restricciones y bajo la estigmatización de una niña de padre desaparecido por la violencia.

Hoy, sonrío con la expresión de quien ha logrado enfrentar el doloroso pasado, lo cual sumado a sus ojos grandes color miel, estatura media, pelo largo y rubio, bien cuidado, dotes de expresión oral y corporal que alejan el más mínimo rasgo o reflejo de quien antes no tenía la valentía de hablar en público, recuerda que su máxima aspiración era dirigirse a sus muñecas y amigas de infancia. Hoy las cosas son a otro nivel, gracias a



4 Comunicador social y periodista. Magister en Relaciones Internacionales y Comunicación, Magister en Intervención en Sistemas Humanos. lleguizmos@ucentral.edu.co

que logró auto-repararse a través de su propia escucha, sin juzgarse ni echarse la culpa por las nefastas situaciones que debió vivir en su adolescencia. Gracias a esto, sin más miedo, expuso los hechos de violencia sexual de los que fue víctima durante el conflicto armado colombiano, se convirtió en apoyo para mujeres y hombres que han tenido que vivir experiencias similares. En el 2018, fue galardonada con el Premio Mujer Cafam, en reconocimiento a su ardua, constante y loable labor.

Escudriñando en lo más profundo de sus recuerdos, Ludirlena hace especial énfasis en la escuela donde estudió su primaria, ubicada en el mismo lugar en donde nació, el 13 de diciembre de 1985. Se trata del municipio de Vistahermosa, departamento del Meta, donde los amaneceres la convirtieron en amante del color rojo y los prados.

Al referirse a su aprecio por las mariposas, enfatiza: “Lo adquirí luego de haber leído tantas veces el libro *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez”, la misma obra que le enseñó a vivir en persona procesos de perdón, tanto a pedirlo como a exigirlo. “Siempre que lo leo me deja un aprendizaje. En este caso, Úrsula se envuelve en las mariposas, yo soy Úrsula en mi historia”, agrega.

Respecto al valor que le da al agua, luego de respirar profundo, como si se transportara en el tiempo, manifiesta: “Todo se dio por la conexión que desde mis primeros años de edad se dio con el río Ariarí, ubicado a 45 kilómetros del este de Caracas, Venezuela, pero que goza de gran fuerza, sonido y caudal en nuestro departamento del Meta, Colombia; sus aguas me daban tal tranquilidad que en él pude aprender a pescar y nadar. Sin embargo, cuando hablo de pesca me refiero no al hecho como tal, sino al vínculo que se genera con los anzuelos, instrumento que considero no como una herramienta, sino como el medio que me conecta con la naturaleza”. Ludirlena puede pasar muchas horas pescando y, realmente, lo que hace es conectarse con el hilo del anzuelo, el agua y la naturaleza en general.

Respecto a su mamá, una mujer antioqueña y aguerrida, sostiene que, pese a haber sido madre cabeza de hogar, sus enseñanzas y disposición para educarlas a ella y a sus otras hermanas, bajo estrictos estándares de honestidad, sencillez y humildad, no le fue tarea fácil dado que debió enfrentar con mucho ahínco tanto las necesidades de la casa como el acoso por parte de los hombres del pueblo, quienes consideraban que las mujeres solas deben ser sometidas a todo tipo de vejámenes.

Izquierda o derecha: sinónimo de violencia sexual

A sus dieciséis años, cuando cursaba el bachillerato, pese a los altibajos que junto a su mamá y hermanas debían sortear para lograr una calidad de vida medianamente aceptable, un fin de semana decidió viajar con su mejor amiga del colegio, Mónica, al municipio Puerto Lleras, Meta, para visitar al padre de su compañera. “Apenas estábamos

subiéndonos a la lancha que nos llevaría al primer lugar, para luego tomar caballos o seguir a pie hacia la finca en donde nos hospedaríamos, apareció un pretendiente, se trataba de un integrante del Frente 23 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, quien además daba las órdenes y disponía lo que se hacía en la zona". "Lo secundaba alias Gomelo, quien fue atento conmigo y con Mónica, sin embargo, sentía que tanto el jefe como él no me quitaban la vista de encima. El de menor rango me dijo que debía pagar para recibir esta atención, es decir, que nos transportara o cruzara desde Vistahermosa, por el río Ariari, a Puerto Lleras. Pensé que se trataba de dinero y, bueno, no había lío con ello, teníamos para cubrir el gasto. Para mí sus coqueteos no tenían ninguna validez", sostiene, mientras en su boca se marca un gesto de repudio, en su voz rabia y dolor. Lo que no sabía la inocente jovencita era que este sujeto lo que hacía era cumplir las órdenes del jefe, que no eran otras que el deseo por dominar su cuerpo.

Una vez en Puerto Lleras, el padre de Mónica las estaba esperando, pero por su estado de alicoramiento se quedó dormido y no pudieron tomar a tiempo la caravana que los llevaría a la finca. Por esa razón, los dos integrantes de las FARC, armados a más no poder, se ofrecieron a llevarlas, no sin antes decir que Mónica y Gomelo debían tomar el lado derecho de un gran árbol que estaba en el inicio del camino, mientras Ludirlena y el jefe seguirían por el lado derecho. Con sus ojos en llanto, dice: "Esto fue terrible, nosotras sabíamos qué iba a pasar y al ver que no estábamos dispuestas a obedecer, nos señalaron sus armas, como indicándonos que, si no íbamos, las usarían en contra nuestra, además, agregaron que si no lo hacíamos nos tirarían de la canoa; río abajo". Este fue en parte el resultado que, sin saberlo, debieron pagar las adolescentes ya que la guerrilla tenía unas normas estipuladas, entre estas que nadie podía transitar por la zona después de las seis de la tarde, y a ellas, por causa del padre de Mónica, se les corrió el reloj diez minutos.

El frondoso árbol que servía de sombra a propios y extraños, en esta oportunidad fue convertido por el jefe y Gomelo en cómplice de la violación sexual de dos amigas que solo deseaban viajar y descansar un poco.

Ludirlena no entendía del todo la situación. Con tristeza y rabia dice: "La verdad, yo nunca había estado sexualmente con nadie, el jefe me obligó a que me arrodillara y me dejara hacer todo cuanto se le ocurría; siempre había pensado que esas cosas solo las contaban para que las mujeres sintiéramos miedo e hiciéramos caso a no salir solas. Recuerdo algo muy extraño que a la fecha no he podido entender, mientras me violaba, las hormigas recorrían todas mis partes íntimas, por donde corría sangre ahí estaban". El hombre no sentía plena satisfacción con cometer el delito sexual, además, la humillaba, le tiraba muy fuerte el pelo. "De mis ojos salían lágrimas a causa de la rabia, el dolor y la frustración", sostiene.

El abuso terminó, los hombres la llevaron a la carretera y, como si todo hubiera estado sincronizado, se encontraron al instante con su amiga Mónica, quien no habló nada acerca

del tema. Las dos sabían lo que había acontecido, el tema fue callado, invisibilizado. Del padre de Mónica solo se sabe que despertó cuando ellas ya habían sido victimizadas.

Pasaron los días y las jóvenes, por fin, lograron salir de esa finca y del lugar donde fueron sometidas y, posteriormente, estigmatizadas. “Aún recuerdo el árbol, el monte y una pañoleta verde; con esta el jefe se forró los dedos y me atragantó hasta lo más profundo de mi garganta, casi muero de dolor, duré varios días con la boca y garganta irritadas y sangrando. Eso es lo único que recorre su memoria sobre aquel momento, cuando el verdugo de mal aspecto y pésimo olor, me humilló”, dice Ludirlena.

En un acto de valentía, y quizá de autosanación, Mónica y Ludirlena continuaron asistiendo al colegio, sin contarle a nadie lo sucedido. Sin embargo, la primera se debilitó al punto que pasadas tres semanas acabó con su vida. Entre llanto y voz débil, manifiesta: “Me siento culpable, no debí haber callado”.

El recrudecimiento del conflicto

La situación para Ludirlena apenas comenzaba. No era un comienzo feliz, ni unas experiencias gratas; sencillamente, el conflicto estaba tomando más fuerza que nunca. Para ella el único escape a la realidad fue trabajar, no por gusto, más por necesidad. Dejó su lugar de origen para irse a trabajar a Lejanías, Meta. “Me dediqué a trabajar y decidí no hablar del hecho que fui víctima”, manifiesta, mientras mira profundamente al horizonte del lobby del hotel donde se reunió con el autor de esta crónica.

Las secuelas de la violación sexual en ella no solo fueron emocionales, también produjeron unos cambios de conducta muy significativos, su vestuario de joven en clima cálido quedó prohibido, así como las prendas que dejaran al descubierto tan solo alguna parte de su cuerpo; todo lo que antes lucía, como blusas cortas y pantalonetas, quedó en el pasado, como si en parte por ir vestida así aquel día ella hubiese sido culpable de despertar en el jefe los más bajos instintos de violador o depredador. De alguna manera, enfatizando lo más común en estos hechos abominables, es decir, castigar y culpar a la víctima de violencia sexual en lugar de juzgar al violador. Agrega: “Mis prendas más preciadas fueron los sacos anchos y pantalones largos”, atuendos perfectos para esconder el dolor y la supuesta culpa de un abuso en manos de un guerrillero.

Con paramilitares... la cosa es peor

En Casibare, Meta, Ludirlena encontró un nuevo trabajo con quien fue su madrina, ahora la jefa Marina; hacía de todo: lavaba platos y se desempeñaba como mesera y aseo. Allí tendría que atender a paramilitares, “cuestión más complicada”, dice.

Tiempo después de laborar en ese lugar, hacia el 2004, decidió visitar a su hermana, en la finca, al otro costado del Meta, donde no comandaban paramilitares, sino guerrilleros. “Para que me dieran permiso, antes necesitaba la autorización del comandante González del Bloque Centauros, quien me lo concedió por siete días”, sostiene, al tiempo que con una espléndida sonrisa agrega: “Disfruté unos días maravillosos en compañía de mi familia, no quería separarme de ellos”-

Al reincorporarse de nuevo al trabajo, el 11 de diciembre de dicho año, a la hora del desayuno, la contactó alias M-60 por órdenes del comandante. Este le pidió que se acercara a la escuela. Ludirlena recordó el dolor del anterior abuso y le suplicó que no la llevara, pero este no escuchó, la obligó a ir.

“Todos sabíamos que cuando nos llevaban a la escuela, ocurría lo peor, a los hombres los asesinaban; digo esto porque ninguno sobrevivió para contar hechos de violencia sexual en su contra. Por su parte, los cuerpos de las mujeres eran sometidos a las barbaridades más aberrantes, crueles y despiadadas, es decir, nos humillaban, ultrajaban, violaban, torturaban y castigaban, al punto que muchas morían o perdían la cordura de sus mentes; quizá como forma de borrar los acontecimientos o, tal vez, porque ninguna persona, cuerpo o ser sea capaz de soportar tanta atrocidad”, recalca Ludirlena.

Con rabia, dolor y asombro, manifiesta: “En la cancha de la escuela estaban reunidos cuatro paramilitares y el comandante M-60”. Estos acceden a preguntarle cosas sobre su viaje a donde su familia, de manera respetuosa. En simultáneo uno de ellos interviene y les dice que no le crean nada, que ella no era más que una mal nacida y guerrillera, además, soplona. Según él, les daba las coordenadas de los paramilitares a los guerrilleros.

Ludirlena continúa su relato: “Los rostros de los paramilitares se transformaron, sus ojos y gestos parecían como poseídos por un ser lleno de odio y maldad, coordinadamente, todos responden con golpes y me arrebatan la ropa”. Los cuatro y el comandante hicieron un círculo y, como si se tratara de un ritual, comenzaron a agredirla con expresiones ofensivas; le decían “puta”, “perra”, “prostituta”, “guerrillera”, ella solo suplicaba por su vida.

Lleno de ira, uno de los sujetos con una navaja apuñaló a Ludirlena en la mano, afectándole parte del hueso y la vena; cicatriz que pone en evidencia que, además de haber sido víctima de violencia sexual, se vio sometida a otras atrocidades. La agresión reventó algunos de sus tendones.

En virtud a su propia

Ludirlena, hoy lideresa y defensora de derechos humanos, manifiesta que desea narrar lo que nunca ha comunicado, haciendo memoria para recordar casi al pie de la letra lo que decían sus victimarios: “Uno de los personajes, el comandante Gutiérrez, decía que él sería el dueño de todo cuerpo. Me viola, mientras el resto se aprovechan de mi estado

de vulnerabilidad e indefensión y en el círculo, me cogen del pelo, me pegan y agreden física y verbalmente”.

Además, agrega: “En el momento de la violación tanto M-60 como los demás perpetradores realizan todo tipo de prácticas sexuales, por más crueles, aberradas y despiadadas que parezcan. No obstante, no se sentían completamente complacidos y deciden empalmarme con el rifle de M-60, así lo llamaban en honor al arma que siempre portaba con él”.

Como consecuencia de estas vejaciones, así como del empalamiento, a Ludirlena debieron cogerle 139 puntos en sus partes íntimas, le quedaron tres facturas en su nariz, trauma cerrado con esguince en la pierna derecha, mordiscos en el cuerpo, especialmente, en los senos y varias infecciones de transmisión sexual.

Recuerda que las múltiples violaciones más el empalamiento y demás hechos aberrantes duraron, aproximadamente, dieciocho horas. Perdió el conocimiento y, pasadas varias horas, despertó en la cancha de la escuela, no sabía en dónde estaban sus ojos; de los golpes que recibió, no podía abrirlos y debía ayudarse con los dedos para poder ver hacia dónde emprender el rumbo. Además, la sangre que brotaba de ellos le hacía más compleja la visualización; “lo único que conservaba era el sentido del tacto”, dice.

Después de esto, logró arrastrarse unas cinco cuadras, hasta donde su jefa y madrina, doña Marina, quien pensó que la ayudaría. Pero no fue así, la respuesta que recibió fue: “Mija, quién sabe usted qué hizo para ganarse eso”, acto seguido, le tiró la ropa a la calle en un costal.

Cerca se encontraba un señor en una camioneta, “él me brindó su mano, estaba en compañía de una señora de la vereda, sin embargo, el hombre me dijo que si nos paraban y me bajaban del retén no podía hacer nada. Yo ya no tenía nada que perder”.

Una vez en el retén, fue revictimizada por otros paramilitares, quienes se burlaban y le decían que tenía suerte de no haber muerto; que era solo una perra y que ojalá siempre recordara el castigo. Además, le decían que ni se le ocurriera contar nada.

Lograron salir de ahí con el señor, quien la dejó en Puerto Lleras, Meta, donde el párroco de la iglesia la escondió en un cuarto para protegerla de los paramilitares. Bastaron solo diez días para que a la joven tuvieran que sacarla de ahí ya que las heridas no estaban sanando debido a la falta de atención médica.

En una flota La Macarena la llevaron a Villavicencio, Meta, donde le brindaron atención médica. Para sorpresa suya, estaba embarazada; le detectaron gonorrea de tres tipos, tuvo un aborto a causa de los maltratos de los paramilitares y debido a las medicinas para combatir la enfermedad, quedó estéril. Aunque el proceso de rehabilitación duró varios meses, nunca recibió ayuda o tratamiento psicológico; el resultado: tres intentos de suicidio.

A causa de los recurrentes atentados contra su vida, la llevaron al Hospital Departamental de Villavicencio, en donde le diagnosticaron depresión mayor severa y la internaron en una clínica para enfermos mentales. Con algo de rencor sostiene: “Allí, me desnudaban, ponían choques eléctricos y, posteriormente, me amarraban de pies y manos. Constantemente escuchaba gritos; no recuerdo más, ya que durante el año que estuve allí me daban unas medicinas que me dejaban y han dejado en blanco los recuerdos en ese lugar”; una vez más fue revictimizada.

“Como por causalidad y no casualidad”, un día escuchó por la radio a una mujer que invitaba a denunciar. Desde ahí cambió su vida. Llamó a su progenitora y le pidió ayuda, así que hablaron con el doctor Galeano para que la dejara salir, necesitaba una oportunidad. “Él no nos dio muchas esperanzas, aseguró que en tres días regresaría más loca de lo que estaba ahora”, dice, mientras sonríe. La verdad, nunca regresé ni he atentado de nuevo contra mi vida”.

Ese mismo día, se enrumbo hacia La Dorada, Caldas, para emprender un nuevo camino. Ingresó a una organización llamada Asociación de Familias Desplazadas por la Violencia en Colombia, Asofadescol, de la cual hoy es la secretaria: “Lo único que quiero es escuchar a las mujeres víctimas de violencia sexual”. Este empleo le sirvió para tomar fuerza y romper el silencio. La Personería fue el lugar que escogió para contar su vida; incluyendo los relatos de violencia sexual por parte de la guerrilla, los paramilitares y, desde luego, la revictimización. Sin embargo, allí solo se tiene en cuenta el caso de desplazamiento. “Realmente, narrar la historia frente a personas incrédulas o sin formación para tales situaciones han sido hechos más revictimizantes”, asegura Ludirlena.

Asociación que no revictimiza

Luego de estos sucesos, ya empoderada y sin temor a ser juzgada, Ludirlena fundó la Asociación de Mujeres Víctimas Gestionando Paz, una iniciativa de tres mujeres que vivieron igual número de hechos victimizantes. Ellas llegan al público a través de su trabajo con derechos humanos. Inician con una ruta para la mujer, que proporcione garantías de no repetición, verdad, justicia y reparación.

A causa de esta loable labor se ha vinculado con diversas organizaciones que luchan en pro de los derechos de las mujeres y los hombres víctimas de violencia sexual, como la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales, lugar en el que además de reconocerle su fortaleza y tesón, le han permitido abrirse espacio en diferentes eventos, organizaciones y entidades, cuya principal causa es apoyar, empoderar y reconocer a las víctimas del conflicto colombiano.

Al hablar sobre su causa, sostiene: “Tomamos la reparación no como lo monetario, sino como todo el conjunto de medidas que se deben hacer para tratar al ser desde lo psico-

social, educación, garantías de participación, salud y demás procesos necesarios. Es un proceso que se centra en el pilar de darle sentido a las mujeres”.

Actualmente, cuentan con sesenta y cuatro mujeres y dos hombres. Esta organización intenta estar en todo el territorio colombiano con iniciativas como Mi Cuerpo Es Mi Territorio y El No También Es Respuesta. Gracias a estas, se hizo merecedora del Premio Mujer Cafam 2018.

Ludirlena habla con una voz de empoderamiento femenino, y con la experiencia que le legitima su formación en el área de los derechos humanos, manifiesta estar en contra de todo sistema patriarcal. Hace un llamado a todas las mujeres que quieren hablar para que hagan procesos de memoria histórica, de manera que estos tengan “eco en nuestros futuros relevos”.

Luego de varias horas relatando su vida, acompañada de recuerdos dolorosos, tristes y algunos de triunfo, la Mujer Cafam 2018 reconoce que está disfrutando sus logros. Prueba de ello es que debe dejar el *lobby* del hotel donde concedió esta entrevista, para hacer los últimos ajustes a lo que presentará, en contadas horas, frente al Concejo de Estado, es decir, la denuncia por la inequidad y desigualdad de las mujeres en Colombia.

Finalmente, al preguntarle ¿Hoy quién es Luddy —que es como familiarmente se le conoce en los escenarios en los que se desenvuelve—? Su respuesta es “¿Soy una mujer proyectada, soñadora, que cree y entiende que debe dejar un legado, es decir, ser recordada por lo que ha hecho, valorando su segunda oportunidad, reiterando que solo a través de la inclusión se logrará tener un país pluricultural?”.

Aprovecha para solicitar que se cite un escrito de su autoría: “En Colombia no se ha contado la historia como es, estamos acostumbrados a hacer lagunas mentales [...] muchas violencias no se contaron, no se han contado los rearmes, falsos positivos, las violaciones, asesinatos sistemáticos a líderes y lideresas. Tenemos que construir todo eso para decir que vamos a relatar memoria desde las voces de las víctimas”.

Así es Ludirlena, una mujer que entiende que no todos los hombres tienen que pagar por lo que ella pasó, que el perdón y la reconciliación son la mejor receta para seguir avanzando en la sociedad y lograr la tan anhelada paz de Colombia.

¡Queremos empoderamiento!